



VERSIONES

Cesare Pavese: a setenta años de su muerte

*Nota y traducción de Pablo Ingberg**

Cesare Pavese nació el 9 de setiembre de 1908 en un minúsculo pueblito ubicado en las Langas o zona de colinas piemontesas, a unos ochenta kilómetros al sudeste de Turín, llamado Santo Stefano Belbo, algo así como San Esteban [del valle del río] Belbo. Allí la familia, radicada en Turín, pasaba los veranos. El padre, secretario de los tribunales turineses, murió de cáncer cerebral a principios de 1914,

cuando Cesare tenía cinco años. También murieron, prematuramente, una hermana y dos hermanos nacidos antes que él. Sólo tuvo otra hermana, nacida en 1902, con quien, tras el fallecimiento de la madre en 1930, conviviría en la casa familiar turinesa gran parte de su vida, excepto un tiempo que pasó en la cárcel y luego confinado en Calabria por “antifascismo” en la preguerra, un lapso de ocultamiento durante la Guerra misma (mientras varios de sus amigos se unían a la resistencia) y otro breve período en Roma en la posguerra como enviado de la editorial Einaudi. El mismo año de la muerte del padre, 1914, se enfermó la hermana y junto con la madre, severa y frágil de salud, permanecieron los tres en Santo Stefano, donde Cesare comenzó la escuela primaria. El resto de sus estudios, universitarios incluidos, los desarrollaría luego en Turín. Aquel paisaje de la infancia, con colinas y amistades y muertes y mujeres a cargo de la crianza, constituiría el mito fundacional de toda su escritura, alimentado por la perpetua desgracia amorosa. Sus primeros libros publicados fueron traducciones del inglés: Sinclair Lewis, Herman Melville (*Moby Dick*), Sherwood Anderson, James Joyce (*Retrato del artista adolescente*), John Dos Passos. Bajo el régimen fascista, en particular la traduc-

ción de estadounidenses era un gesto no sólo cultural sino decididamente político, además de una fuente de trabajo y un aporte a la formación del escritor. Esas traducciones y la enseñanza del inglés le proveyeron los primeros ingresos propios, hasta que comenzó a trabajar



para la editorial Einaudi. El primer libro enteramente suyo fue de poemas: *El trabajo cansa* (*Lavorare stanca*, cuya traducción más literal, *Trabajar cansa*, produce un choque de acentos fuertes contiguos, -jár cán-, inaceptable para el oído de Pavese), que tuvo una primera edición en 1936 y una segunda aumentada en 1943. Le

siguieron una decena de novelas breves y un par de colecciones de cuentos. Se suicidó en un hotel de Turín en 1950, días antes de cumplir cuarenta y dos años. Póstumamente se publicaron otros varios libros, entre ellos los poemas de *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos*, el diario *El oficio de vivir* y la recopilación *La literatura estadounidense* y otros ensayos. Los tres primeros poemas aquí traducidos pertenecen a su primer libro; los otros tres, al segundo y último de poesía.

La traducción castellana de sus obras ejerció una influencia notoria en muchos narradores y poetas argentinos que empezaban a escribir en los años cincuenta y sesenta del siglo xx, incluso en algunos que venían de antes, como Ernesto Sabato y Juan L. Ortiz. El mito del terruño juvenil como fuente y fundamento esencial de elaboración y transfiguración en la escritura encontró raigambre afín en Juanele, quien contribuyó a difundir al colega italiano entre jóvenes que peregrinaban hasta su casa de Paraná, como Hugo Gola, Paco Urondo, Juan José Saer. El mundo narrativo santafesino de Saer y su apuesta por una prosa con resonancias poéticas se inscriben a todas luces en esa filiación, al igual que los tintes narrati-

vos en su poesía: en sus tiempos formativos, cuando en la Argentina predominaba la lírica –declaró en una entrevista de 2005 para la Universidad de San Pablo–, autores como Pavese, Eliot y Pound abrían puertas hacia una poesía narrativa, ya presente dentro de nuestra tradición en la gauchesca. También puede observarse un efecto Pavese en la prosa narrativa, a la vez poética y condensada, de Antonio Di Benedetto, de declarada influencia en Saer. Néstor Sánchez, otro joven que en aquel entonces visitó alguna vez a Juanele y escribiría entre mediados de los sesenta y principios de los setenta cuatro “novelas poemáticas” donde la lengua porteña estalla en prodigios, compiló y tradujo para Monte Ávila en 1972 una serie de ensayos italianos sobre Pavese; allí, en el prólogo, Sánchez habla de la “obsesión central [de Pavese] por la memoria después transformada en mito o en la presuposición del mito”, y también de su lección como alternativa poderosa al sartreanismo entonces imperante y como “corroboración de un ciclo total en la relación con el instrumento dado y asumido como único, querido como único, o como destino”. Es decir, la unidad ético-estética entre vida y obra y, a su vez, la unidad al interior de la obra

misma: poesía narrativa, narrativa poética, diario que indaga hasta el fondo en la trinidad vida-poesía-narración. Otro poeta y narrador, Roberto Raschella, dirá en 2003 en la revista Ñ: “En un mundo de escrituras que suelen anteponer el presente anecdótico a la dolorosa indagación poética de cada origen, Cesare Pavese estalla y estallará siempre en nuestras manos”. En palabras del propio Pavese en su diario, *El oficio de vivir* (que inspiró a Ricardo Piglia a escribir el suyo): “el verdadero asombro está hecho de memoria,



no de novedad". No el ojo en el espejo de la nariz presente, sino el ojo clavado en el fondo del espejo donde la presencia cohabita con la ausencia: memoria elaborada en mito con proyecciones en el aquí y ahora. Y también en el diario: "los poemas objetivos son una transposición común en tercera persona de la técnica introspectiva secular". Esto es, el objetivismo en poesía es un subjetivismo disfrazado, en los mejores casos quintaesenciado.

Quizá no sea exagerado postular que gran parte de la poesía narrativa escrita en la Argentina desde fines de los años 50 del siglo xx está directa o indirectamente en deuda con Cesare Pavese. Sobre todo con el de su primer libro, *El trabajo cansa*. Acaso por aquello de "lo que se pierde en la traducción", o bien por la derrota del tiempo (postulada en el primer número de esta revista), en nuestras tierras poéticas quedó menos registro de sus cadencias, su "fantasma de metro", como bautizó con tino Ricardo Herrera ese fenómeno alguna vez que conversando salió el tema, no recuerdo si con respecto sólo a Montale o a Montale y Pavese: algunos de los poemas tienen metro fijo; en otros, los más, se percibe una audible base métrica sometida a pequeñas variaciones.

Confieso que fue ese factor rítmico el que terminó por inclinarme la balanza hacia el voseo en estas traducciones. Néstor Sánchez solía citar de memoria, supongo que en su propia traducción, los versos, tan bellos como iluminadores de la poética pavesiana, que yo acabé traduciendo así:

Sos el sótano cerrado,
de tierra apisonada,
donde entró el niño un día
en que estaba descalzo
y lo recuerda siempre.

Hay otros varios versos de ese estilo con base heptasilábica encabezados por un monosilábico sei, que el tuteante “eres” convierte en bisílabo, a diferencia de nuestro voseante “sos”. Fue por lo tanto una elección más métrica que dialectal. Porque al italiano, o sea toscano extendido a nacional, de un piamontés no le va del todo mal algo menos geolocalizado que el voseo. Pero ya que este César ha dejado tanta huella en nuestras letras, ¿por qué no argentinizarlo y tratarlo de vos?

* Pablo Ingberg nació en Dolores en 1960 y se trasplantó a Buenos Aires al terminar el secundario. Publicó cinco libros de poemas, una novela, uno para niños, uno de ensayos sobre traducción y más de cien traducidos del griego antiguo, el latín, el inglés y el italiano. Como traductor empezó hace varias décadas publicando cosas como ésta en revistas como ésta.

Los mares del sur

Una tarde anduvimos por el flanco de un cerro,
en silencio. En la sombra del lento crepúsculo
mi primo es un gigante vestido de blanco,
que se mueve tranquilo, con la cara bronceada,
taciturno. Callar es nuestra virtud.

Tendremos un ancestro que habrá estado muy solo
-un gran hombre entre idiotas o un pobre loco-
para enseñarles tanto silencio a los suyos.

Esta tarde mi primo habló. Me preguntó
si subía con él; de la cumbre se avista
en las noches serenas el reflejo del faro
lejano, de Turín. "Vos que vivís en Turín..."
dijo "... pero hacés bien. La vida hay que vivirla
lejos del pueblo de uno; uno progresa y goza
y después, al volver, como yo a los cuarenta,
encuentra todo nuevo. Las Langas no se pierden".
Todo esto me dijo y no habla italiano,
sino que emplea lerdo el dialecto, que, como las piedras
de este mismo cerro, es tan áspero
que veinte años de idiomas y océanos diversos
no lograron mellarlo. Y anda por la cuesta
con la mirada tan recogida que, niño,
vi usar a campesinos un poco cansados.

Veinte años dio vueltas por el mundo.
Se fue cuando yo aún era un niño cargado por mujeres
y lo dieron por muerto. Oí luego hablar de eso
a mujeres, a veces, como en fábulas;
mas los hombres, más graves, lo olvidaron.
Un invierno a mi padre ya muerto le llegó una tarjeta
con una enorme estampilla verdusca de naves en un puerto
y deseos de buena vendimia. Fue grande el asombro,

pero el niño crecido explicó ávidamente que la postal venía de una isla llamada Tasmania rodeada por un mar más azul, feroz de tiburones, en el Pacífico, al sur de Australia. Y agregó que seguro pescaba perlas el primo. Y despegó esa estampilla. Todos dieron su propio parecer, pero todos concluyeron que, si no había muerto, moriría. Luego todos se olvidaron y pasó mucho tiempo.

Ah desde que jugaba a los piratas malayos, cuánto tiempo pasó. Y de la última vez que bajé a darme un baño en un punto mortal y seguí a un compañero de juegos por un árbol quebrando hermosas ramas y rompí la cabeza de un rival y me dieron más de un golpe, cuánta vida pasó. Otros días, otros juegos, otros sacudimientos de la sangre ante rivales mucho más elusivos: pensamientos y sueños. La ciudad me ha enseñado infinitos temores: un gentío, una calle me han hecho temblar, un pensamiento a veces, espiado en un rostro. Siento aún en los ojos la luz socarrona de faroles de a miles sobre el gran pisoteo.

Mi primo regresó, terminada la guerra, gigante, entre los pocos. Y tenía dinero. Los parientes decían por lo bajo: “En un año, como mucho, se lo habrá comido todo y da vueltas por ahí. Así se mueren los desesperados”. Mi primo tiene cara tajante. Compró una planta baja en el pueblo y allí logró hacerse un garaje de cemento con al frente flamante el pilar para cargar combustible y en el puente bien grande hacia la curva una placa de anuncio. Luego puso un mecánico ahí dentro a cobrar y él dio vueltas por todas las Langas fumando.

¡Se había casado, mientras, en el pueblo. Se pescó a una chica grácil y rubia como las foráneas que seguro había encontrado algún día en el mundo. Pero siguió saliendo solo. Vestido de blanco, con las manos detrás y bronceada la cara, a la mañana iba por las ferias y con aire taimado regateaba caballos. Me explicó luego a mí, cuando falló el proyecto, que su plan había sido sacar todas las bestias del valle y obligar a la gente a comprarle motores. “Pero el bestia” decía “más grande de todos he sido yo al pensarlo. Tenía que saber que bueyes y personas son aquí una misma raza”.

Andamos hace más de media hora. La cumbre está cerca, en torno siempre aumenta el susurro y siseo del viento. Mi primo se detiene de improviso y se vuelve: “Este año en el cartel escribo: – Santo Stefano siempre ha sido en las fiestas el primero en el valle del Belbo – y que protesten los de Canelli”. Luego retoma la cuesta. Un perfume de tierra y de viento nos envuelve en lo oscuro, alguna lumbre lejos: granjas, automóviles que se oyen apenas; y yo pienso en la fuerza que me ha devuelto a este hombre, arrancándolo al mar, a las tierras distantes, al silencio que dura. Mi primo no habla nunca de viajes ya hechos. Dice seco que estuvo en tal sitio o tal otro y piensa en sus motores.

Sólo un sueño

le ha quedado en la sangre: una vez navegó de fogonero en un barco pesquero holandés, el Cetáceo, y ha observado volar los pesados arpones al sol,

ha observado ballenas huir entre espumas de sangre
y seguirlas y alzar las colas y luchar con la lanza.
Me lo señala a veces.

Pero cuando le digo
que está entre los suertudos que vieron la aurora
en las islas más bellas de la tierra,
sonríe ante el recuerdo y responde que el sol
salía cuando el día era viejo para ellos.

El trabajo cansa

Cruzar la calle para escaparse de casa
lo hace sólo un muchacho, pero este hombre que recorre
todo el día las calles ya no es más un muchacho
y no escapa de casa.

En el verano hay tardes
en que incluso las plazas están vacías, extendidas
al sol que ya se pone, y este hombre, que llega
por senderos de plantas inútiles, se para.
¿Vale la pena estar solo, para estar más solo cada vez?
Con sólo recorrerlas, las plazas y las calles
están vacías. Hay que parar a una mujer
y hablarle y decidirla a vivir juntos.
Si no, uno habla solo. Es por eso que a veces
está el curda nocturno que empieza a discursar
y cuenta los proyectos de toda la vida.

No es sin duda esperando en la plaza desierta
que encontramos a alguien, mas quien recorre calles
se para cada tanto. Si anduvieran de a dos,
aun yendo por la calle, estaría la casa
donde está esa mujer y valdría la pena.

A la noche la plaza vuelve a quedar desierta
y este hombre, al pasar, no ve las casas
entre luces inútiles, no eleva más los ojos:
sólo siente el empedrado, que hicieron otros hombres
de endurecidas manos, igual que están las suyas.
No está bien continuar en la plaza desierta.
Estará esa mujer seguro por la calle
que, requerida quiera dar en casa una mano.

El paraíso en los techos

Será un día tranquilo, de luz fría
tal como el sol que nace o que muere, y el vidrio
dejará el aire sucio fuera del cielo.

Uno despierta un día, de una vez para siempre,
en lo tibio del último sueño: la sombra
será como lo tibio. Llenará el cuarto
desde la gran ventana un cielo más grande.
De la escalera subida un día para siempre
no llegarán más voces, ni caras muertas.

No será necesario dejar la cama.
Sólo el alba entrará en el cuarto vacío.
Bastará la ventana para vestirlo todo
de un tranquilo claror, casi una luz.
Posará una sombra magra en el rostro supino.
Los recuerdos serán unos grumos de sombra
escondidos tal como viejas brasas
en el hogar. El recuerdo será la llama
que mordía aún ayer en los ojos apagados.

Vos también sos colina

Vos también sos colina
y sendero de piedras
y juego en los cañares,
y conocés la viña
que calla de noche.
Vos no decís palabras.

Una tierra hay que calla
y no es tierra tuya.
Un silencio hay que dura
en las plantas y cerros.
Aguas y campos hay.
Sos cerrado silencio
que no cede, sos labios
y ojos sombríos. Sos la viña.

Es una tierra que espera
y no dice palabra.
Han transcurrido días
bajo cielos ardientes.
Vos jugaste a las nubes.
Es una tierra mala -
y tu frente lo sabe.
También esto es la viña.

Rencontrarás las nubes
y el cañar, y las voces
como sombra de luna.
Rencontrarás palabras
tras de la vida breve
y nocturna del juego,
tras la infancia encendida.

Será dulce callar.
Sos la tierra y la viña.
Un silencio encendido
ha de quemar el campo
como fogatas la noche.

Tenés cara de piedra esculpida

Tenés cara de piedra esculpida,
sangre de tierra dura,
has venido del mar.
Recibís y escrutás todo
y relanzás de vos
como el mar. En tu pecho
hay silencio, hay palabras
tragadas. Sos sombría.
Para vos alba es silencio.

Y sos como las voces
de la tierra – el impacto
del balde contra el pozo,
la canción de la hoguera,
el caer de una manzana;
las palabras resignadas
y mustias en umbrales,
el grito del niño – las cosas
que no terminan nunca.
No cambiás. Sos sombría.

Sos el sótano cerrado,
de tierra apisonada,
donde entró el niño un día

en que estaba descalzo
y lo recuerda siempre.
Sos el cuarto sombrío
que se recuerda siempre,
como el antiguo patio
donde se abría el alba.

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos-
Esta muerte que nos acompaña
de la mañana hasta la noche, insomne,
sorda, como un remordimiento viejo
o un vicio absurdo. Tus ojos
serán una vana palabra,
un grito callado, un silencio.
Así los ves cada mañana
cuando sola hacia vos te inclinás
en el espejo. Ah querida esperanza,
ese día sabremos incluso nosotros
que sos la vida y sos la nada.

Para todos tiene una mirada la muerte.
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
Será como dejar un vicio,
como ver en el espejo
resurgir un rostro muerto,
como escuchar labios cerrados.
Bajaremos al remolino mudos.



I mari del Sud

Camminiamo una sera sul fianco di un colle,
in silenzio. Nell'ombra del tardo crepuscolo
mio cugino è un gigante vestito di bianco,
che si muove pacato, abbronzato nel volto,
taciturno. Tacere è la nostra virtù.

Qualche nostro antenato dev'essere stato ben solo
– un grand'uomo tra idioti o un povero folle –
per insegnare ai suoi tanto silenzio.

Mio cugino ha parlato stasera. Mi ha chiesto
se salivo con lui; dalla vetta si scorge
nelle notti serene il riflesso del faro
lontano, di Torino. "Tu che abiti a Torino..."
mi ha detto "... ma hai ragione. La vita va vissuta
lontano dal paese; si profitta e si gode
e poi, quando si torna, come me a quarant'anni,
si trova tutto nuovo. Le Langhe non si perdono".
Tutto questo mi ha detto e non parla italiano,
ma adopera lento il dialetto, che, come le pietre
di questo stesso colle, è scabro tanto
che vent'anni di idiomi e di oceani diversi
non gliel'hanno scalfito. E cammina per l'erta
con lo sguardo raccolto che ho visto, bambino,
usare ai contadini un poco stanchi.

Vent'anni è stato in giro per il mondo.
Se n'andò ch'io ero ancora un bambino portato da donne
e lo dissero morto. Sentii poi parlarne
da donne, come in favola, talvolta;
ma gli uomini, più gravi, lo scordarono.
Un inverno a mio padre già morto arrivò un cartoncino
con un gran francobollo verdastro di navi in un porto
e auguri di buona vendemmia. Fu un grande stupore,

ma il bambino cresciuto spiegò avidamente
che il biglietto veniva da un'isola detta Tasmania
circondata da un mare più azzurro, feroce di squali,
nel Pacifico, a sud dell'Australia. E aggiunse che certo
il cugino pescava le perle. E staccò il francobollo.
Tutti diedero un loro parere, ma tutti conclusero
che, se non era morto, morirebbe.
Poi scordarono tutti e passò molto tempo.

Oh da quando ho giocato ai pirati malesi,
quanto tempo è trascorso. E dall'ultima volta
che son sceso a bagnarmi in un punto mortale
e ho inseguito un compagno di giochi su un albero
spaccandone i bei rami e ho rotta la testa
a un rivale e son stato picchiato,
quanta vita è trascorsa. Altri giorni, altri giochi,
altri squassi del sangue dinanzi a rivali
più elusivi: i pensieri ed i sogni.
La città mi ha insegnato infinite paure:
una folla, una strada mi han fatto tremare,
un pensiero talvolta, spiato su un viso.
Sento ancora negli occhi la luce beffarda
dei lampioni a migliaia sul gran scalpaccio.

Mio cugino è tornato, finita la guerra,
gigantesco, tra i pochi. E aveva denaro.
I parenti dicevano piano: "Fra un anno, a dir molto,
se li è mangiati tutti e torna in giro.
I disperati muoiono così".
Mio cugino ha una faccia recisa. Comprò un pianterreno
nel paese e ci fece riuscire un garage di cemento
con dinanzi fiammante la pila per dar la benzina
e sul ponte ben grossa alla curva una targa-réclame.
Poi ci mise un meccanico dentro a ricevere i soldi
e lui girò tutte le Langhe fumando.

S'era intanto sposato, in paese. Pigliò una ragazza esile e bionda come le straniere che aveva certo un giorno incontrato nel mondo. Ma uscì ancora da solo. Vestito di bianco, con le mani alla schiena e il volto abbronzato, al mattino batteva le fiere e con aria sorniona contrattava i cavalli. Spiegò poi a me, quando fallì il disegno, che il suo piano era stato di togliere tutte le bestie alla valle e obbligare la gente a comprargli i motori. "Ma la bestia" diceva "più grossa di tutte, sono stato io a pensarlo. Dovevo sapere che qui buoi e persone son tutta una razza".

Camminiamo da più di mezz'ora. La vetta è vicina, sempre aumenta d'intorno il frusciare e il fischiare del vento. Mio cugino si ferma d'un tratto e si volge: "Quest'anno scrivo sul manifesto: - Santo Stefano è sempre stato il primo nelle feste della valle del Belbo - e che la dicano quei di Canelli". Poi riprende l'erta. Un profumo di terra e di vento ci avvolge nel buio, qualche lume in distanza: cascine, automobili che si sentono appena; e io penso alla forza che mi ha reso quest'uomo, strappandolo al mare, alle terre lontane, al silenzio che dura. Mio cugino non parla dei viaggi compiuti. Dice asciutto che è stato in quel luogo e in quell'altro e pensa ai suoi motori.

Solo un sogno
gli è rimasto nel sangue: ha incrociato una volta,
da fuochista su un legno olandese da pesca, il Cetaceo,
e ha veduto volare i ramponi pesanti nel sole,

ha veduto fuggire balene tra schiume di sangue
e inseguirle e innalzarsi le code e lottare alla lancia.
Me ne accenna talvolta.

Ma quando gli dico
ch'egli è tra i fortunati che han visto l'aurora
sulle isole più belle della terra,
al ricordo sorride e risponde che il sole
si levava che il giorno era vecchio per loro.

Lavorare stanca

Traversare una strada per scappare di casa
lo fa solo un ragazzo, ma quest'uomo che gira
tutto il giorno le strade, non è più un ragazzo
e non scappa di casa.

Ci sono d'estate
pomeriggi che fino le piazze son vuote, distese
sotto il sole che sta per calare, e quest'uomo, che giunge
per un viale d'inutili piante, si ferma.
Val la pena esser solo, per essere sempre più solo?
Solamente girarle, le piazze e le strade
sono vuote. Bisogna fermare una donna
e parlarle e deciderla a vivere insieme.
Altrimenti, uno parla da solo. È per questo che a volte
c'è lo sbronzo notturno che attacca discorsi
e racconta i progetti di tutta la vita.

Non è certo attendendo nella piazza deserta
che s'incontra qualcuno, ma chi gira le strade
si sofferma ogni tanto. Se fossero in due,

anche andando per strada, la casa sarebbe
dove c'è quella donna e varrebbe la pena.
Nella notte la piazza ritorna deserta
e quest'uomo, che passa, non vede le case
tra le inutili luci, non leva più gli occhi:
sente solo il selciato, che han fatto altri uomini
dalle mani indurite, come sono le sue.
Non è giusto restare sulla piazza deserta.
Ci sarà certamente quella donna per strada
che, pregata, vorrebbe dar mano alla casa.

Il paradiso sui tetti

Sarà un giorno tranquillo, di luce fredda
come il sole che nasce o che muore, e il vetro
chiuderà l'aria sudicia fuori del cielo.
Ci si sveglia un mattino, una volta per sempre,
nel tepore dell'ultimo sonno: l'ombra
sarà come il tepore. Empirà la stanza
per la grande finestra un cielo più grande.
Dalla scala salita un giorno per sempre
non verranno più voci, né visi morti.
Non sarà necessario lasciare il letto.
Solo l'alba entrerà nella stanza vuota.
Basterà la finestra a vestire ogni cosa
di un chiarore tranquillo, quasi una luce.
Poserà un'ombra scarna sul volto supino.
I ricordi saranno dei grumi d'ombra
appiattati così come vecchia brace
nel camino. Il ricordo sarà la vampa
che ancor ieri mordeva negli occhi spenti.

Anche tu sei collina

Anche tu sei collina
e sentiero di sassi
e gioco nei canneti,
e conosci la vigna
che di notte tace.
Tu non dici parole.

C'è una terra che tace
e non è terra tua.
C'è un silenzio che dura
sulle piante e sui colli.
Ci son acque e campagne.
Sei un chiuso silenzio
che non cede, sei labbra
e occhi bui. Sei la vigna.

È una terra che attende
e non dice parola.
Sono passati giorni
sotto cieli ardenti.
Tu hai giocato alle nubi.
È una terra cattiva –
la tua fronte lo sa.
Anche questo è la vigna.

Ritroverai le nubi
e il canneto, e le voci
come un'ombra di luna.
Ritroverai parole
oltre la vita breve
e notturna dei giochi,
oltre l'infanzia accesa.
Sarà dolce tacere.

Sei la terra e la vigna.
Un acceso silenzio
brucerà la campagna
come i falò la sera.

Hai viso di pietra scolpita

;Hai viso di pietra scolpita,
sangue di terra dura,
sei venuta dal mare.
Tutto accogli e scruti
e respingi da te
come il mare. Nel cuore
hai silenzio, hai parole
inghiottite. Sei buia.
Per te l'alba è silenzio.

E sei come le voci
della terra - l'urto
della secchia nel pozzo,
la canzone del fuoco,
il tonfo di una mela;
le parole rassegnate
e cupe sulle soglie,
il grido del bimbo - le cose
che non passano mai.
Tu non muti. Sei buia.

Sei la cantina chiusa,
dal battuto di terra,
dov'è entrato una volta
ch'era scalzo il bambino,
e ci ripensa sempre.

Sei la camera buia
cui si ripensa sempre,
come al cortile antico
dove s'apriva l'alba.

Verrà la morte e avrà i tuoi occhi

Verrà la morte e avrà i tuoi occhi-
questa morte che ci accompagna
dal mattino alla sera, insonne,
sorda, come un vecchio rimorso
o un vizio assurdo. I tuoi occhi
saranno una vana parola,
un grido taciuto, un silenzio.
Così li vedi ogni mattina
quando su te sola ti pieghi
nello specchio. O cara speranza,
quel giorno sapremo anche noi
che sei la vita e sei il nulla.

Per tutti la morte ha uno sguardo.
Verrà la morte e avrà i tuoi occhi.
Sarà come smettere un vizio,
come vedere nello specchio
riemergere un viso morto,
come ascoltare un labbro chiuso.
Scenderemo nel gorgo muti.

